



**20**  
mayo

**Solemnidad de Pentecostes**  
**(Ciclo B) – 2018**

**1. TEXTOS LITÚRGICOS**

**1.a LECTURAS**

*Todos quedaron llenos del Espíritu Santo,  
y comenzaron a hablar*

**Lectura de los Hechos de los apóstoles 2, 1-11**

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse. Había en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo. Al oírse este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Con gran admiración y estupor decían:

«¿Acaso estos hombres que hablan no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua? Partos, medos y elamitas, los que habitamos en la Mesopotamia o en la misma Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia Menor, en Frigia y Panfilia, en Egipto, en la Libia Cirenaica, los peregrinos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.»

**Palabra de Dios.**

**SALMO** *Sal 103, 1ab. 24ac. 29b-31. 34*

*R. Señor, envía tu Espíritu  
y renueva la faz de la tierra.*

**O bien:**

*Aleluia.*

Bendice al Señor, alma mía:  
¡Señor, Dios mío, qué grande eres!  
¡Qué variadas son tus obras, Señor!  
la tierra está llena de tus criaturas! **R.**

Si les quitas el aliento,  
expiran y vuelven al polvo.  
Si envías tu aliento, son creados,  
y renuevas la superficie de la tierra. **R.**

¡Gloria al Señor para siempre,  
alégrese el Señor por sus obras!  
que mi canto le sea agradable,  
y yo me alegraré en el Señor. **R.**

*Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu  
para formar un solo Cuerpo*

**Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto** 12, 3b-7. 12-13

Hermanos:

Nadie puede decir: «Jesús es el Señor», si no está impulsado por el Espíritu Santo. Ciertamente, hay diversidad de dones, pero todos proceden del mismo Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor. Hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que realiza todo en todos. En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común. Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y sin embargo, es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así también sucede con Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo -judíos y griegos, esclavos y hombres libres- y todos hemos bebido de un mismo Espíritu.

**Palabra de Dios.**

**O bien:**

*El fruto del Espíritu*

**Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Galacia** 5, 16-25

Hermanos:

Yo los exhorto a que se dejen conducir por el Espíritu de Dios, y así no serán arrastrados por los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Ambos luchan entre sí, y por eso, ustedes no pueden hacer todo el bien que quieren. Pero si están animados por el Espíritu, ya no están sometidos a la Ley.

Se sabe muy bien cuáles son las obras de la carne: fornicación, impureza y libertinaje, idolatría y superstición, enemistades y peleas, rivalidades y violencias, ambiciones y discordias, sectarismos, disensiones y envidias, ebriedades y orgías, y todos los excesos de esta naturaleza. Les vuelvo a repetir que los que hacen estas cosas no poseerán el Reino de Dios.

Por el contrario, el fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia. Frente a estas cosas, la Ley está demás, porque los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos. Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos conducir también por Él.

**SECUENCIA**

Ven, Espíritu Santo,

y envía desde el cielo  
un rayo de tu luz.

Ven, Padre de los pobres,  
ven a darnos tus dones,  
ven a darnos tu luz.

Consolador lleno de bondad,  
dulce huésped del alma  
suave alivio de los hombres.

Tú eres descanso en el trabajo,  
templanza de las pasiones,  
alegría en nuestro llanto.

Penetra con tu santa luz  
en lo más íntimo  
del corazón de tus fieles.

Sin tu ayuda divina  
no hay nada en el hombre,  
nada que sea inocente.

Lava nuestras manchas,  
riega nuestra aridez,  
cura nuestras heridas.

Suaviza nuestra dureza,  
elimina con tu calor nuestra frialdad,  
corrige nuestros desvíos.

Concede a tus fieles,  
que confían en tí,  
tus siete dones sagrados.

Premia nuestra virtud,  
salva nuestras almas,  
danos la eterna alegría.

## **ALELUIA**

*Aleluia.*

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles  
y enciende en ellos el fuego de tu amor.

*Aleluia.*

## **EVANGELIO**

*Como el Padre me envió a mí,  
yo también los envío a ustedes:  
Reciban el Espíritu Santo*

**+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 20, 19-23**

Al atardecer de ese mismo día, el primero de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por temor a los judíos, llegó Jesús y poniéndose en medio de ellos, les dijo: «¡La paz esté con ustedes!»

Mientras decía esto, les mostró sus manos y su costado. Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor.

Jesús les dijo de nuevo: «¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes.» Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió «Reciban al Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan.»

**Palabra del Señor.**

O bien:

*El Espíritu de la Verdad  
les hará conocer toda la verdad*

**+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 15, 26-27; 16, 12-15**

Durante la Última Cena, Jesús dijo a sus discípulos:

Cuando venga el Paráclito que yo les enviaré desde el Padre, el Espíritu de la Verdad que proviene del Padre, él dará testimonio de mí. Y ustedes también dan testimonio, porque están conmigo desde el principio».

Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ustedes no las pueden comprender ahora. Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad, porque no hablará por sí mismo, sino que dirá lo que ha oído y les anunciará lo que irá sucediendo.

El me glorificará, porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes.

Todo lo que es del Padre es mío. Por eso les digo: «Recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes».

**Palabra del Señor.**

Donde los fieles deben o suelen asistir a Misa el lunes y martes después de Pentecostés, pueden utilizarse las lecturas del Domingo de Pentecostés, o las indicadas para la administración de la Confirmación.

**Subsidio: Nota sobre las lecturas de Pentecostés (Misa del día)**

<b>Lecturas para Pentecostés (Misa del día)</b>			
	<b>Ciclo A</b>	<b>Ciclo B</b>	<b>Ciclo C</b>
<b>1ª Lectura</b>	Hech 2,1-11	Hech 2,1-11	Hech 2,1-11
<b>Salmo</b>	Sal 103	Sal 103	Sal 103
<b>2ª Lectura</b>	1Cor 12,3-7.12-13	1Cor 12,3-7.12-13	1Cor 12,3-7.12-13
<b>2ª Lectura a elección</b>	-----	Gál 5,16-25	Rm 8,8-17
<b>Evangelio</b>	Jn 20,19-23	Jn 20,19-23	Jn 20,19-23
<b>Evangelio a elección</b>	-----	Jn 15,26-27; 16,12-15	Jn 14,15-16.23-26

s de la Misa del día de Pentecostés. Se puede observar que los Ciclos B y C tienen lecturas opcionales a elección del celebrante. Pensamos que este cuadro (y la explicación que agregamos) puede ayudar para ver cuál es la intención de la Iglesia en la distribución de las lecturas para esta Solemnidad. De esa manera el tema de nuestras homilías será mucho más ajustado a la voluntad de la Iglesia.

*Observaciones*

P

resenta  
mos a  
contin  
uación  
un  
cuadro  
con las  
lectura

1. *En primer lugar*, hay una clara intención de la Iglesia manifestada en las lecturas del Ciclo A que, al mismo tiempo, son las lecturas propuestas como principales para los otros dos ciclos. En este sentido, se privilegia la presentación del mismo hecho histórico de Pentecostés narrado en Hech 2,1-11, versículos que se extienden, ciertamente, hasta el final de la narración del evento completo de Pentecostés (Hech 2,41). En el evangelio también se presenta el envío del Espíritu Santo (Jn 20,19-23). En efecto, en el hecho que se narra en ese evangelio se realiza ya la efusión del Espíritu Santo prometida por Jesús. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “En repetidas ocasiones Cristo prometió esta efusión del Espíritu (cf. Lc 12,12; Jn 3,5-8; 7,37-39; 16,7-15; Hch 1,8), *promesa que realizó primero el día de Pascua (Jn 20,22)* y luego, de manera más manifiesta el día de Pentecostés (cf. Hch 2,1-4)” (CEC, 1287).

En la segunda lectura del Ciclo A y principal para los otros dos ciclos (1Cor 12,3-7.12-13), se presenta al Espíritu Santo como alma de la Iglesia.

2. *En segundo lugar*, tenemos las variantes que nos ofrece la Iglesia para los Ciclos B y C. Es necesario tener en cuenta que son eso, es decir, *variantes*, porque la columna fundamental estará siempre en las lecturas correspondientes al Ciclo A, que son las lecturas propuestas como principales para los otros dos ciclos.

Las segundas lecturas a elección para los Ciclos B y C tienen las siguientes características. En la del Ciclo B (Gál 5,16-25) se presenta el antagonismo entre Espíritu y carne, siendo el Espíritu Santo el transformador de la vida individual del cristiano. En la del Ciclo C (Rom 8,8-17), se presenta también el antagonismo entre Espíritu y carne, pero que aquí culmina en la manifestación de la filiación adoptiva del cristiano en el Espíritu.

Los evangelios a elección de los Ciclos B y C están tomados ambos del Discurso de la Última Cena. El evangelio del Ciclo B (Jn 15,26-27; 16,12-15) presenta dos de las cinco promesas del Espíritu Santo que hace Jesucristo en dicho Discurso, la *tercera* (Jn 15,26) y la *quinta* promesa (Jn 16,13). El evangelio del Ciclo C (Jn 14,15-16.23b-26) presenta otras dos de las cinco promesas del Espíritu Santo recién mencionadas, la *primera* (Jn 14,16) y la *segunda* promesa (Jn 14,26)<sup>1</sup>. De acuerdo a esto, queda en evidencia que la Iglesia quiere presentar en estas variantes a elección la *interpretación* que el mismo Jesucristo hace del futuro envío del Espíritu Santo. Por eso vamos a decir dos palabras acerca de estas promesas del Espíritu Santo hechas por Jesús en la Última Cena.

Del análisis de estas cinco promesas (Jn 14,16; Jn 14,26; Jn 15,26; Jn 16,7-8; Jn 16,13)<sup>2</sup>, sacamos tres conclusiones importantísimas. En primer lugar, “después de la partida de Cristo, el Espíritu es quien le sustituye entre los fieles (Jn 14,16.17; 16,7; cf. 1,33)”<sup>3</sup>. Esto queda de manifiesto cuando, en la primera promesa, dice ‘*otro* Paráclito’. Al decir *otro* está expresando que ocupará su lugar. En la segunda promesa se dice que el Espíritu Santo completará lo que Jesús ha revelado. En la cuarta promesa se dice que es necesario que Jesús se vaya para que venga el Espíritu Santo.

La segunda conclusión importante es que el Espíritu Santo “es el ‘Paráclito’, el abogado que intercede ante el Padre (cf. 1Jn 2,1), o que aboga ante los tribunales humanos (Jn 15,26.27; cf. Lc 12,11-12; Mt 10,19-

---

<sup>1</sup> La única promesa del Espíritu Santo que no se presenta es la *cuarta* (Jn 16,7-8).

<sup>2</sup> **1.** Jn 14,16: “Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre”. **2.** Jn 14,26: “Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho”. **3.** Jn 15,26: “Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí”. **4.** Jn 16,7-8: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré: y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio”. **5.** Jn 16,13: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir”.

<sup>3</sup> MOLLAT, D., *Notas al Evangelio según San Juan*, en BIBLIA DE JERUSALÉN, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975, p. 1531.

20ss; Hech 5,32)”<sup>4</sup>. En las cuatro primeras promesas se llama ‘Paráclito’ al Espíritu Santo. ‘Pará-clito’ proviene del verbo griego *para-kaléo*, que significa ‘llamar a alguien (*kaléo*) junto a sí (*pará*)’<sup>5</sup>. Por lo tanto, ‘Pará-clito’ puede traducirse como ‘el que ha sido llamado para estar delante de alguien en un tribunal para defenderlo’. En latín se dice ‘*ad-vocatus*’, es decir, ‘el que ha sido llamado (*vocatus*) para estar delante de (*ad*)’. De allí viene la palabra castellana ‘a-bogado’.

La tercera conclusión importante es que el Espíritu Santo “es el Espíritu de Verdad, que lleva a la verdad total (Jn 16,13), haciendo comprender la personalidad misteriosa de Cristo: cómo ha dado cumplimiento a las Escrituras (Jn 5,39), cuál era el sentido de las parábolas (Jn 2,19), de sus actos, de sus ‘señales’ (Jn 14,16; 16,13; 1Jn 2,20ss.27; Rm 8,16), todas las cosas que los discípulos no habían comprendido anteriormente (Jn 2,22; 12,16; 13,7; 20,9)”<sup>6</sup>.

3. *El significado eucarístico*. El Directorio Homilético, refiriéndose a los domingos V – VII de Pascua, dice: “El hecho de que los pasajes evangélicos de estos domingos estén todos extraídos de los discursos de Cristo al final de la Última Cena, manifiesta su profundo significado eucarístico”<sup>7</sup>. Siguiendo esta misma lógica, podemos decir legítimamente que estos evangelios presentados como variantes a elección en la solemnidad de Pentecostés para los Ciclos B y C tienen un profundo significado eucarístico. Ayudará mucho al homileta a comprender el significado eucarístico de estos textos leer el n° 56 de dicho Directorio Homilético.

En base a estas observaciones, y teniendo en cuenta la condición del auditorio y las predicaciones que ya se han hecho en años anteriores, debe prepararse la homilía para esta Solemnidad.

P. Lic. José A. Marcone, IVE

---

## **1.b GUIÓN PARA LA MISA**

### **Guion Solemnidad de Pentecostés Misa del día (B)**

#### **Entrada:**

Celebramos hoy la Solemnidad de Pentecostés. El Espíritu del Señor baja hoy del cielo para inaugurar solemnemente la Iglesia, dirigirla y volcar sobre el mundo las riquezas inagotables de la Redención; para darnos a conocer la voluntad de Dios, haciéndonos capaces de cumplirla por su fuerza y su gracia.

#### **Primera Lectura:**

Hch 2,1-11

Cuando descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles empezaron a hablar en distintas lenguas.

#### **Segunda Lectura:**

1 Co 12,3b-7.12-13

Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo.

#### **O bien para el Año B:**

Gal 5,16-25

El Apóstol, enumerando los frutos del Espíritu, nos exhorta a vivir y a conducirnos por este mismo Espíritu.

#### **Evangelio:**

Jn 20,19-23

El envío de los Apóstoles a evangelizar es un envío en el Espíritu, que les hará capaces de llevar a cabo el mandato recibido.

---

<sup>4</sup> MOLLAT, D., *Notas al Evangelio según San Juan*, en **BIBLIA DE JERUSALÉN**, *Ibidem*.

<sup>5</sup> SCHENKL, F. – BRUNETTI, F., *Dizionario Greco – Italiano – Greco*, Fratelli Melita Editori, La Spezia, 1990, p. 660.

<sup>6</sup> MOLLAT, D., *Notas al Evangelio según San Juan*, en **BIBLIA DE JERUSALÉN**, *Ibidem*.

<sup>7</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, n° 55.

O bien para el Año B:

Jn 15,26-27; 16,12-17

Nuestro Señor envía al Paráclito desde el Padre para que los Apóstoles conozcan toda la verdad.

**Preces:**

Hermanos, dejémonos conducir por el Espíritu de Dios y pidamos con confianza por nuestras necesidades.

A cada intención respondemos cantando:

\* Por la Santa Iglesia, que fecundada por la acción del Espíritu de Vida, acreciente el número de sus hijos y resplandezca constantemente por la abundancia de sus virtudes. Oremos.

\* Por los gobernantes de las naciones, para que el Espíritu de la verdad los ilumine, y guiados por Él encuentren caminos razonables y justos para el bien de todos. Oremos.

\* Por los que dudan en su fe, por los que sufren en el cuerpo y en el alma, para que redescubran las verdades eternas y se mantengan serenos en la prueba y avancen generosos por el camino del amor de Dios. Oremos

\* Por Argentina, para que no se apruebe la ley del aborto. Oremos.

\* Por todos nosotros, para que acercándonos asiduamente a los sacramentos de la Confesión y la Eucaristía, recibamos con abundancia los dones que el Huésped divino desea derramar en nuestras almas. Oremos.

Renovados por tu Espíritu, te presentamos esta oración de hijos, recíbela y escúchanos por Jesucristo Nuestro Señor.

**Ofertorio:**

En el Espíritu Santo presentamos estas ofrendas y nos unimos al Sacrificio redentor.

Ofrecemos:

\* Incienso que simboliza las oraciones que realizamos mediante el Espíritu Consolador.

\* Flores a María, encomendándole la Iglesia de la que es Madre.

\* Pan y vino, que por el Espíritu vivificante se convertirán en Cristo nuestro Salvador.

**Comunión:**

“Quien come con fe el Cuerpo vivo del Señor, come fuego y Espíritu”; que Cristo transfigure nuestro corazón con la presencia y la acción del Paráclito.

**Salida:**

Que María, alma de la Iglesia naciente, ejerza su Maternidad sobre nosotros sus hijos, y nos ayude a ser dóciles al soplo del Espíritu Santo para que transforme nuestras almas y nos santifique.

*(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) \_ San Rafael \_ Argentina)*

---

**Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético**

Solemnidad de Pentecostés

CEC 696, 726, 731-732, 737-741, 830, 1076, 1287, 2623: Pentecostés

CEC 599, 597,674, 715: el testimonio apostólico en Pentecostés

CEC 1152, 1226, 1302, 1556: el misterio de Pentecostés continúa en la Iglesia  
CEC 767, 775, 798, 796, 813, 1097, 1108-1109: la Iglesia, comunión en el Espíritu

696 El fuego. Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la Vida dada en el Espíritu Santo, el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que "surgió como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha" (Si 48, 1), con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (cf. 1 R 18, 38-39), figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, "que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), anuncia a Cristo como el que "bautizará en el Espíritu Santo y el fuego" (Lc 3, 16), Espíritu del cual Jesús dirá: "He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!" (Lc 12, 49). Bajo la forma de lenguas "como de fuego", como el Espíritu Santo se posó sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (Hch 2, 3-4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. San Juan de la Cruz, Llama de amor viva). "No extingáis el Espíritu"(1 Te 5, 19).

726 Al término de esta Misión del Espíritu, María se convierte en la "Mujer", nueva Eva "madre de los vivientes", Madre del "Cristo total" (cf. Jn 19, 25-27). Así es como ella está presente con los Doce, que "perseveraban en la oración, con un mismo espíritu" (Hch 1, 14), en el amanecer de los "últimos tiempos" que el Espíritu va a inaugurar en la mañana de Pentecostés con la manifestación de la Iglesia.

## V EL ESPIRITU Y LA IGLESIA EN LOS ULTIMOS TIEMPOS

### Pentecostés

731 El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina: desde su plenitud, Cristo, el Señor (cf. Hch 2, 36), derrama profusamente el Espíritu.

732 En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en El: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la Comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los "últimos tiempos", el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado:

Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque ella nos ha salvado (Liturgia bizantina, Tropario de Vísperas de Pentecostés; empleado también en las liturgias eucarísticas después de la comunión)

### El Espíritu Santo y la Iglesia

737 La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Esta misión conjunta asocia desde ahora a los fieles de Cristo en su Comunión con el Padre en el Espíritu Santo: El Espíritu Santo prepara a los hombres, los previene por su gracia, para atraerlos hacia Cristo. Les manifiesta al Señor resucitado, les recuerda su palabra y abre su mente para entender su Muerte y su Resurrección. Les hace presente el Misterio de Cristo, sobre todo en la Eucaristía para reconciliarlos, para conducirlos a la Comunión con Dios, para que den "mucho fruto" (Jn 15, 5. 8. 16).

738 Así, la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad (esto será el objeto del próximo artículo):

Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y



que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí ... y hace que todos aparezcan como una sola cosa en él . Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, pienso que también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual (San Cirilo de Alejandría, Jo 12).

739 Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es Cristo, Cabeza del Cuerpo, quien lo distribuye entre sus miembros para alimentarlos, sanarlos, organizarlos en sus funciones mutuas, vivificarlos, enviarlos a dar testimonio, asociarlos a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo (esto será el objeto de la segunda parte del Catecismo).

740 Estas "maravillas de Dios", ofrecidas a los creyentes en los Sacramentos de la Iglesia, producen sus frutos en la vida nueva, en Cristo, según el Espíritu (esto será el objeto de la tercera parte del Catecismo).

741 "El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8, 26). El Espíritu Santo, artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración (esto será el objeto de la cuarta parte del Catecismo).

### III LA IGLESIA ES CATOLICA

Qué quiere decir "católica"

830 La palabra "católica" significa "universal" en el sentido de "según la totalidad" o "según la integridad". La Iglesia es católica en un doble sentido:

Es católica porque Cristo está presente en ella. "Allí donde está Cristo Jesús, está la Iglesia Católica" (San Ignacio de Antioquía, Smyrn. 8, 2). En ella subsiste la plenitud del Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza (cf Ef 1, 22-23), lo que implica que ella recibe de Él "la plenitud de los medios de salvación" (AG 6) que Él ha querido: confesión de fe recta y completa, vida sacramental íntegra y ministerio ordenado en la sucesión apostólica. La Iglesia, en este sentido fundamental, era católica el día de Pentecostés (cf AG 4) y lo será siempre hasta el día de la Parusía.

-----

1076 El día de Pentecostés, por la efusión del Espíritu Santo, la Iglesia se manifiesta al mundo (cf SC 6; LG 2). El don del Espíritu inaugura un tiempo nuevo en la "dispensación del Misterio": el tiempo de la Iglesia, durante el cual Cristo manifiesta, hace presente y comunica su obra de salvación mediante la Liturgia de su Iglesia, "hasta que él venga" (1 Co 11,26). Durante este tiempo de la Iglesia, Cristo vive y actúa en su Iglesia y con ella ya de una manera nueva, la propia de este tiempo nuevo. Actúa por los sacramentos; esto es lo que la Tradición común de Oriente y Occidente llama "la Economía sacramental"; esta consiste en la comunicación (o "dispensación") de los frutos del Misterio pascual de Cristo en la celebración de la liturgia "sacramental" de la Iglesia.

Por ello es preciso explicar primero esta "dispensación sacramental" (capítulo primero). Así aparecerán más claramente la naturaleza y los aspectos esenciales de la celebración litúrgica (capítulo segundo).

1287 Ahora bien, esta plenitud del Espíritu no debía permanecer únicamente en el Mesías, sino que debía ser comunicada a todo el pueblo mesiánico (cf Ez 36,25-27; Jl 3,1-2). En repetidas ocasiones Cristo prometió esta efusión del Espíritu (cf Lc 12,12; Jn 3,5-8; 7,37-39; 16,7-15; Hch 1,8), promesa que realizó primero el día de Pascua (Jn 20,22) y luego, de manera más manifiesta el día de Pentecostés (cf Hch 2,1-4). Llenos del Espíritu Santo, los Apóstoles comienzan a proclamar "las maravillas de Dios" (Hch 2,11) y Pedro declara que esta efusión del Espíritu es el signo de los tiempos mesiánicos (cf Hch 2, 17-18). Los que creyeron en la predicación apostólica y se hicieron bautizar, recibieron a su vez el don del Espíritu Santo (cf Hch 2,38).

2623 El día de Pentecostés, el Espíritu de la promesa se derramó sobre los discípulos, "reunidos en un mismo lugar" (Hch 2, 1), que lo esperaban "perseverando en la oración con un mismo espíritu" (Hch 1, 14). El Espíritu que enseña a la Iglesia y le recuerda todo lo que Jesús dijo (cf Jn 14, 26), será también quien la formará en la vida de oración.

---

"Jesús entregado según el preciso designio de Dios"

599 La muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios, como lo explica S. Pedro a los judíos de Jerusalén ya en su primer discurso de Pentecostés: "fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios" (Hch 2, 23). Este lenguaje bíblico no significa que los que han "entregado a Jesús" (Hch 3, 13) fuesen solamente ejecutores pasivos de un drama escrito de antemano por Dios.

---

Los Judíos no son responsables colectivamente de la muerte de Jesús

597 Teniendo en cuenta la complejidad histórica manifestada en las narraciones evangélicas sobre el proceso de Jesús y sea cual sea el pecado personal de los protagonistas del proceso (Judas, el Sanedrín, Pilato) lo cual solo Dios conoce, no se puede atribuir la responsabilidad del proceso al conjunto de los judíos de Jerusalén, a pesar de los gritos de una muchedumbre manipulada (Cf. Mc 15, 11) y de las acusaciones colectivas contenidas en las exhortaciones a la conversión después de Pentecostés (cf. Hch 2, 23. 36; 3, 13-14; 4, 10; 5, 30; 7, 52; 10, 39; 13, 27-28; 1 Ts 2, 14-15). El mismo Jesús perdonando en la Cruz (cf. Lc 23, 34) y Pedro siguiendo su ejemplo apelan a "la ignorancia" (Hch 3, 17) de los Judíos de Jerusalén e incluso de sus jefes. Y aún menos, apoyándose en el grito del pueblo: "¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (Mt 27, 25), que significa una fórmula de ratificación (cf. Hch 5, 28; 18, 6), se podría ampliar esta responsabilidad a los restantes judíos en el espacio y en el tiempo:

Tanto es así que la Iglesia ha declarado en el Concilio Vaticano II: "Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy...no se ha de señalar a los judíos como reprobados por Dios y malditos como si tal cosa se dedujera de la Sagrada Escritura" (NA 4).

Todos los pecadores fueron los autores de la Pasión de Cristo

674 La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles" (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

---

715 Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad" (cf. Ez. 11, 19; 36, 25-28; 37, 1-14; Jr 31, 31-34; y Jl 3, 1-5, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés, cf. Hch 2, 17-21). Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los

pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz.

---

1152 Signos sacramentales. Desde Pentecostés, el Espíritu Santo realiza la santificación a través de los signos sacramentales de su Iglesia. Los sacramentos de la Iglesia no anulan, sino purifican e integran toda la riqueza de los signos y de los símbolos del cosmos y de la vida social. Aún más, cumplen los tipos y las figuras de la Antigua Alianza, significan y realizan la salvación obrada por Cristo, y prefiguran y anticipan la gloria del cielo.

---

#### El bautismo en la Iglesia

1226 Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha celebrado y administrado el santo Bautismo. En efecto, S. Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2,38). Los Apóstoles y sus colaboradores ofrecen el bautismo a quien crea en Jesús: judíos, hombres temerosos de Dios, paganos (Hch 2,41; 8,12-13; 10,48; 16,15). El Bautismo aparece siempre ligado a la fe: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa", declara S. Pablo a su carcelero en Filipos. El relato continúa: "el carcelero inmediatamente recibió el bautismo, él y todos los suyos" (Hch 16,31-33).

---

### III LOS EFECTOS DE LA CONFIRMACION

1302 De la celebración se deduce que el efecto del sacramento es la efusión especial del Espíritu Santo, como fue concedida en otro tiempo a los Apóstoles el día de Pentecostés.

---

1556 "Para realizar estas funciones tan sublimes, los Apóstoles se vieron enriquecidos por Cristo con la venida especial del Espíritu Santo que descendió sobre ellos. Ellos mismos comunicaron a sus colaboradores, mediante la imposición de las manos, el don espiritual que se ha transmitido hasta nosotros en la consagración de los obispos" (LG 21).

---

#### La Iglesia, manifestada por el Espíritu Santo

767 "Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia" (LG 4). Es entonces cuando "la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del evangelio entre los pueblos mediante la predicación" (AG 4). Como ella es "convocatoria" de salvación para todos los hombres, la Iglesia, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos (cf. Mt 28, 19-20; AG 2,5-6).

---

775 "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1): Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres "de toda nación, raza, pueblo y lengua" (Ap 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es "signo e instrumento" de la plena realización de esta unidad que aún está por venir.

798 El Espíritu Santo es "el principio de toda acción vital y verdaderamente saludable en todas las partes del cuerpo" (Pío XII, "Mystici Corporis": DS 3808). Actúa de múltiples maneras en la edificación de todo el Cuerpo en la caridad(cf. Ef 4, 16): por la Palabra de Dios, "que tiene el poder de construir el edificio" (Hch 20, 32), por el Bautismo mediante el cual forma el Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 12, 13); por los sacramentos que hacen crecer y curan a los miembros de Cristo; por "la gracia concedida a los apóstoles" que "entre estos dones

destaca" (LG 7), por las virtudes que hacen obrar según el bien, y por las múltiples gracias especiales [llamadas "carismas"] mediante las cuales los fieles quedan "preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia" (LG 12; cf. AA 3).

---

796 La unidad de Cristo y de la Iglesia, Cabeza y miembros del Cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante la imagen del Esposo y de la Esposa. El tema de Cristo esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista (cf. Jn 3, 29). El Señor se designó a sí mismo como "el Esposo" (Mc 2, 19; cf. Mt 22, 1-14; 25, 1-13). El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel, miembro de su Cuerpo, como una Esposa "desposada" con Cristo Señor para "no ser con él más que un solo Espíritu" (cf. 1 Co 6,15-17; 2 Co 11,2). Ella es la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado (cf. Ap 22,17; Ef 1,4; 5,27), a la que Cristo "amó y por la que se entregó a fin de santificarla" (Ef 5,26), la que él se asoció mediante una Alianza eterna y de la que no cesa de cuidar como de su propio Cuerpo (cf. Ef 5,29):

He ahí el Cristo total, cabeza y cuerpo, un solo formado de muchos ... Sea la cabeza la que hable, sean los miembros, es Cristo el que habla. Habla en el papel de cabeza ["ex persona capitatis"] o en el de cuerpo ["ex persona corporis"]. Según lo que está escrito: "Y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia." (Ef 5,31-32) Y el Señor mismo en el evangelio dice: "De manera que ya no son dos sino una sola carne" (Mt 19,6). Como lo habéis visto bien, hay en efecto dos personas diferentes y, no obstante, no forman más que una en el abrazo conyugal ... Como cabeza él se llama "esposo" y como cuerpo "esposa" (San Agustín, psalm. 74, 4:PL 36, 948-949).

---

## I LA IGLESIA ES UNA

"El sagrado Misterio de la Unidad de la Iglesia" (UR 2)

813 La Iglesia es una debido a su origen: "El modelo y principio supremo de este misterio es la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas" (UR 2). La Iglesia es una debido a su Fundador: "Pues el mismo Hijo encarnado, Príncipe de la paz, por su cruz reconcilió a todos los hombres con Dios... restituyendo la unidad de todos en un solo pueblo y en un solo cuerpo" (GS 78, 3). La Iglesia es una debido a su "alma": "El Espíritu Santo que habita en los creyentes y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el Principio de la unidad de la Iglesia" (UR 2). Por tanto, pertenece a la esencia misma de la Iglesia ser una: ¡Qué sorprendente misterio! Hay un solo Padre del universo, un solo Logos del universo y también un solo Espíritu Santo, idéntico en todas partes; hay también una sola virgen hecha madre, y me gusta llamarla Iglesia (Clemente de Alejandría, paed. 1, 6, 42).

---

1097 En la Liturgia de la Nueva Alianza, toda acción litúrgica, especialmente la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos es un encuentro entre Cristo y la Iglesia. La asamblea litúrgica recibe su unidad de la "comunión del Espíritu Santo" que reúne a los hijos de Dios en el único Cuerpo de Cristo. Esta reunión desborda las afinidades humanas, raciales, culturales y sociales.

---

## La comunión del Espíritu Santo

1108 La finalidad de la misión del Espíritu Santo en toda acción litúrgica es poner en comunión con Cristo para formar su Cuerpo. El Espíritu Santo es como la savia de la viña del Padre que da su fruto en los sarmientos (cf Jn 15,1-17; Ga 5,22). En la Liturgia se realiza la cooperación más íntima entre el Espíritu

Santo y la Iglesia. El Espíritu de Comunión permanece indefectiblemente en la Iglesia, y por eso la Iglesia es el gran sacramento de la comunión divina que reúne a los hijos de Dios dispersos. El fruto del Espíritu en la Liturgia es inseparablemente comunión con la Trinidad Santa y comunión fraterna (cf 1 Jn 1,3-7).

1109 La Epiclesis es también oración por el pleno efecto de la comunión de la Asamblea con el Misterio de Cristo. "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo" (2 Co 13,13) deben permanecer siempre con nosotros y dar frutos más allá de la celebración eucarística. La Iglesia, por tanto, pide al Padre que envíe el Espíritu Santo para que haga de la vida de los fieles una ofrenda viva a Dios mediante la transformación espiritual a imagen de Cristo, la preocupación por la unidad de la Iglesia y la participación en su misión por el testimonio y el servicio de la caridad.

---

## **2. EXÉGESIS**

### **Profesores de Salamanca**

#### **Venida del Espíritu Santo en Pentecostés**

*Hech 2,1-13*

*1 Cuando llegó el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar, 2 se produjo de repente un ruido del cielo, como el de un viento impetuoso, que invadió toda la casa en que residían. 3 Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, 4 quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les movía a expresarse. 5 Residían en Jerusalén judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, 6 y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírlos hablar cada uno en su propia lengua. 7 Estupefactos de admiración, decían: Todos estos que hablan, ¿no son galileos? 8 Pues ¿como nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? 9 Partos, medos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, 10 Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, u judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios. 12 Todos, atónitos y fuera de sí, se decían unos a otros: ¿Qué es esto? 13 Otros, burlándose, decían: Están cargados de mosto.*

Escena de enorme trascendencia en la historia de la Iglesia la narrada aquí por San Lucas. A ella, como a algo extraordinario, se refería Jesucristo cuando, poco antes de la ascensión, avisaba a los apóstoles de que no se ausentasen de Jerusalén hasta que llegara este día (cf. 1:4-5). Es ahora precisamente cuando puede decirse que va a comenzar la historia de la Iglesia, pues es ahora cuando el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre ella para darle la vida y ponerla en movimiento. Los apóstoles, antes tímidos (cf. Mat\_26:56; Jua\_20:19), se transforman en intrépidos propagadores de la doctrina de Cristo (cf. 2:14; 4:13-19; 5:29).

(...) De la historicidad del hecho no hay motivo alguno para dudar. Veamos cuáles son las afirmaciones fundamentales de Lucas.

Se comienza por la indicación de tiempo y lugar: "el día de Pentecostés, estando todos juntos.." (v.1). Esa fiesta de Pentecostés era una de las tres grandes fiestas judías llamadas de "peregrinación," pues en ellas debían los israelitas peregrinar a Jerusalén para adorar a Dios en el único y verdadero templo que se había elegido. Las otras dos eran Pascua y los Tabernáculos. Estaba destinada a dar gracias a Dios por el final de la recolección, y en ella se le ofrecían los primeros panes de la nueva cosecha. Una tradición rabínica posterior añadió a este significado el de conmemoración de la promulgación de la Ley en el Sinaí; y, en este sentido, los Padres hablan muchas veces de que, así como la Ley mosaica se dio el día de Pentecostés, así la Ley nueva, que consiste principalmente en la gracia del Espíritu Santo y ha de sustituir a la Ley antigua, debía promulgarse en ese mismo día. Es posible que Lucas, comenzando precisamente por hacer notar la coincidencia del hecho cristiano con la fiesta judía, esté tratando ya de hacer resaltar la misma idea. Los judíos de Palestina solían llamarla la fiesta de las "semanas" (hebr. shabuoth), pues había de celebrarse siete "semanas" después de Pascua (cf. Lev\_23:15; Num\_28:26; Deu\_16:9); en cambio, los judíos de la diáspora parece que la designaban con el

término griego pentecosté (= quincuagésimo), por la misma razón de tener que celebrarse el “quincuagésimo” día después de Pascua. Había seria discusión sobre cuándo habían de comenzar a contarse esos “cincuenta” días, pues el texto bíblico está oscuro, y no es fácil determinar cuál es ese día “siguiente al sábado” (Lcv 23:11.15), que debe servir de base para comenzar a contar. Los fariseos, cuya interpretación, al menos en época posterior, prevaleció, tomaban la palabra “sábado,” no por el sábado de la semana pascual, sino por el mismo día solemne de Pascua, 15 de Nisán, que era día de descanso “sabático”; en consecuencia, el día “siguiente al sábado” era el 16 de Nisán, fuese cual fuese el día de la semana. No así los saduceos, que afirmaban tratarse del “sábado” de la semana, y, por consiguiente, el día “siguiente al sábado” era siempre el domingo, y la fiesta de Pentecostés (cincuenta días más tarde) había de caer siempre en domingo 30.

En cuanto al lugar en que sucedió la escena, parece claro que fue en una casa o local cerrado (v.1-2), probablemente la misma en que se habían reunido los apóstoles al volver del Olivete, después de la ascensión (1:13), y de la que ya hablamos al comentar ese pasaje. Si ahora estaban reunidos todos los 120 de cuando la elección de Matías (1:15), o sólo el grupo apostólico presentado antes (1:13-14), no es fácil de determinar. De hecho, en la narración sólo se habla de los apóstoles (2:14.37), pero la expresión “estando todos juntos” (v.1) parece exigir que, si no el grupo de los 120, al menos estaban todos los del grupo apostólico de que antes se habló. (...)

La afirmación fundamental del pasaje está en aquellas palabras del v-4: “quedaron todos llenos del Espíritu Santo.” Todo lo demás, de que se habla antes o después, no son sino manifestaciones exteriores para hacer visible esa gran verdad. A eso tiende el ruido, como de viento impetuoso, que se oye en toda la casa (v.2). Era como el primer toque de atención. A ese fenómeno acústico sigue otro fenómeno de orden visual: unas llamecitas, en forma de lenguas de fuego, que se reparten y van posando sobre cada uno de los reunidos (v.â). Ambos fenómenos pretenden lo mismo: llamar la atención de los reunidos de que algo extraordinario está sucediendo. Y nótese que lo mismo el “viento” que el “fuego” eran los elementos que solían acompañar las teofanías (cf. Exo\_3:2; Exo\_24:17; 2Sa\_5:24; 2Sa\_5:3 Rev\_19:11; Eze\_1:13) y, por tanto, es obvio que los apóstoles pensasen que se hallaban ante una teofanía, la prometida por Jesús pocos días antes, al anunciarles que serían bautizados en el Espíritu Santo (Eze\_1:6-8). Es clásica, además, la imagen del “fuego” como símbolo de purificación a fondo y total (cf. Isa\_6:5-7; Eze\_22:20-22; Sal\_16:3; Sal\_17:31; Sal\_65:10; Sal\_118:110; Pro\_17:3; Pro\_30:5; Ecl\_2:5), y probablemente eso quiere indicar también aquí. El texto, sin embargo, parece que, con esa imagen de las “lenguas de fuego,” apunta sobre todo al don de lenguas, de que se hablará después (v.4).

Qué es lo que incluye ese “quedaron llenos del Espíritu Santo,” que constituye la afirmación fundamental del pasaje, no lo especifica San Lucas. El se fija sólo en el primer efecto manifiesto de esa realidad, y fue que “comenzaron a hablar en lenguas extrañas,” pero no por propia iniciativa, sino “según que el Espíritu les movía a expresarse.” No cabe duda, sin embargo, que la causa no se extiende sólo al efecto ahí puesto de relieve, es decir, en orden a hablar en lenguas. Esa misma expresión “llenos del Espíritu Santo” se repetirá luego de Pedro (Ecl\_4:8), Pablo (Ecl\_9:17; Ecl\_13:9), Esteban (Ecl\_6:5; Ecl\_7:55), Bernabé (Ecl\_11:24) Y otros (Ecl\_4:31) con un significado de mucha más amplitud, significado que evidentemente también queda insinuado aquí. Añadamos que si Lucas habla de que la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles tuvo lugar en Pentecostés (Ecl\_1:8; Ecl\_2:4), ello no se opone a que ya antes (cf. Jua\_20:22-23) hayan recibido el Espíritu Santo. Es una nueva efusión del Espíritu sobre ellos, o mejor, un nuevo aspecto de la actuación en ellos de ese Espíritu, en orden a la difusión del Reino de Dios en el mundo, que va a comenzar.

(PROFESORES DE SALAMANCA, *La Biblia Comentada*, BAC, Madrid, 1977)

---

### **3. COMENTARIO TEOLÓGICO**

**Directorio Homilético**

**Solemnidad de Pentecostés**

**55.** Desde el V domingo de Pascua la dinámica de las lecturas bíblicas se traslada de la celebración de la Resurrección del Señor a la preparación del momento culminante del Tiempo de Pascua, y a la Venida del Espíritu Santo en Pentecostés. El hecho de que los pasajes evangélicos de estos domingos estén todos extraídos de los discursos de Cristo al final de la Última Cena, manifiesta su profundo significado eucarístico. Las lecturas y las oraciones ofrecen al homilista la ocasión de exponer cual es la función del Espíritu Santo en el camino que vive la Iglesia. Los párrafos del Catecismo que conciernen «al Espíritu y la Palabra de Dios en el tiempo de las promesas» (CEC 702-716) se refieren a las lecturas de la Vigilia pascual, relacionadas con la obra del Espíritu Santo, mientras que los párrafos que consideran el tema «el Espíritu Santo y la Iglesia en la Liturgia» (CEC 1091-1109) pueden servir de ayuda al homilista para ilustrar cómo el Espíritu Santo hace presente en la Liturgia el Misterio Pascual de Cristo.

**56.** Con una homilética que encarne estos principios y las perspectivas que resaltan a lo largo del Tiempo Pascual, el pueblo cristiano llegará pronto a celebrar la Solemnidad de Pentecostés en la que Dios Padre, «en su Verbo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y por él derrama en nuestros corazones el don que contiene todos los dones: el Espíritu Santo» (CEC 1082). La Lectura de ese día, tomada de los Hechos de los Apóstoles, cuenta el evento de Pentecostés, mientras el Evangelio ofrece la narración de lo que sucede la tarde del Domingo de Pascua. El Señor resucitado exhaló sobre sus discípulos y dijo: «Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20,22). Pascua *es* Pentecostés. Pascua ya es el don del Espíritu Santo. Pentecostés, no obstante, es la convincente manifestación de la Pascua a todas las gentes, ya que reúne muchas lenguas en el único lenguaje nuevo que comprende las «grandezas de Dios» (Hch 2,11) manifestadas y reveladas en la Muerte y Resurrección de Jesús. En la Celebración Eucarística, además, la Iglesia reza: «Te pedimos, Señor, que, según la promesa de tu Hijo, el Espíritu Santo nos haga comprender la realidad misteriosa de este sacrificio y nos lleve al conocimiento pleno de toda la verdad revelada» (oración sobre las ofrendas). Para los fieles, la participación en la Sagrada Comunión en este día, se convierte en el acontecimiento de su Pentecostés. Mientras se dirigen en procesión a recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor, la antífona de Comunión pone en sus labios el canto de los versículos de la Escritura tomados de la narración de Pentecostés, que dice: «Se llenaron todos de Espíritu Santo, y hablaban de las maravillas de Dios. Aleluya». Estos versículos encuentran su cumplimiento en los fieles que reciben la Eucaristía. La Eucaristía *es* Pentecostés.

(CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, nº 55 – 56)

---

## **4. SANTOS PADRES**

### **San Juan Crisóstomo**

#### **Pentecostés**

¡GRANDES SON, carísimos, ni pueden ser comprendidos por ninguna humana razón, los dones que hoy nos ha concedido nuestro benignísimo Dios! Por esto, todos en común gocémonos y alegrémonos y alabemos al Señor. Porque la fiesta de hoy es común y pública reunión para todos nosotros. Pues así como en la vuelta de las cuatro estaciones y en los solsticios del año, unos se suceden a otros, así, por cierto, en la Iglesia del Señor las festividades se suceden unas a otras y de una en otra nos van llevando adelante. Hace poco celebramos la fiesta de la Cruz y luego la de la Pasión y la de Resurrección y finalmente la de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo a los cielos. Hoy hemos llegado al colmo de los bienes, a la metrópoli de las festividades, al fruto mismo de las promesas del Señor.

*Porque, si yo me fuere, dice, os enviaré otro Paráclito y no os dejaré huérfanos*<sup>8</sup>. ¿Veis la solicitud? ¿Veis la inefable benignidad? Hace unos pocos días subió a los cielos, recibió el trono real, recuperó su asiento a la diestra del Padre, Y hoy nos concede la venida del Espíritu Santo, y por su medio nos da infinitos bienes del

---

<sup>8</sup> Jn 16, 7

cielo. Porque ¿cuál de las cosas, pregunto, que son necesarias para nuestra salvación no nos ha sido dada por el Espíritu Santo? Por El quedamos libres de la servidumbre, somos llamados a la libertad, somos introducidos en la adopción de hijos de Dios; y de nuevo, por así decirlo, somos rehechos, y dejamos la pesada y asquerosa carga de los pecados. Por el Espíritu Santo vemos los coros de los sacerdotes y tenemos las filas de los Doctores. De esta fuente se derivan los dones de profecía, revelación y gracias de sanidad; y todas las otras cosas con que la Iglesia de Dios suele adornarse, de ahí se toman.

Esto es lo que dama Pablo con aquellas palabras: *Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere*<sup>9</sup>. Según quiere, dice, y no según se le ordena; dividiendo El y no dividido. En lo cual se muestra autor de los dones y no sujeto a la autoridad de otro. Porque la misma potestad que Pablo testifico para el Padre, esa misma atribuyó al Espíritu Santo. Y así como dice, del Padre: *Dios es el que todas las cosas en todos*<sup>10</sup>; así dijo, del Espíritu Santo: *Todas estas cosas las obra el único, y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere, ¿Ves su perfecta potestad? Porque aquellos que tienen una naturaleza común, es claro que tienen una misma potestad; y aquellos cuya majestad de honor es igual, de esos una misma es la virtud y la potestad.*

Por este Espíritu hemos obtenido la remisión de los pecados; por éste hemos quedado limpios de las horrruras; por el don de este Espíritu a los hombres, hemos sido hechos ángeles todos cuantos acá acudimos en gracia. Y esto no por una mutación de nuestra naturaleza, sino, lo que es mucho más admirable, permaneciendo en la humana naturaleza tenemos una conversación angélica: ¡tan grande es la virtud del Espíritu Santo! Y a la manera del fuego nuestro que con los sentidos se percibe, cuando ha caído en un barro blando lo convierte en una olla maciza, de la misma manera el Espíritu Santo, cuando llega a un alma buena, aun cuando la encuentre blanda como el barro, la vuelve más resistente que el hierro. Pues al que antes se encontraba manchado con la hez de los pecados, lo hace al punto más resplandeciente que el sol.

Esto es lo que el bienaventurado Pablo nos enseñaba cuando decía y clamaba: *¡No os engañéis! Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los dados al vino, ni los maldicientes., ni los rapaces poseerán el reino de Dios*<sup>11</sup>. Y una vez que hubo enumerado casi todos los géneros de maldad; y hubo enseñado que todos cuantos se han hecho reos de tales pecados están privados del reino de Dios, al punto añadió: *Y alguno esto erais, pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados*<sup>12</sup>. Pero dime: ¿de qué modo o en qué manera? Porque esto es lo que estamos investigando. *En el nombre, dice, de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*<sup>13</sup>. ¿Ves, carísimo, la virtud del Espíritu Santo? ¿Ves cómo el Espíritu Santo ha borrado toda iniquidad? ¿Ves cómo a aquellos que anteriormente habían sido traicionados por sus propios pecados, repentinamente los levanta a los más grandes honores?

¿Quién, pues, podrá llorar como se merece a los que acometen con blasfemias a la majestad y divinidad del Espíritu Santo? ¡A esos que, a la manera de locos furiosos, no logra apartarlos de lo perverso de su ingratitud el cúmulo de beneficios, sino que, al revés, no temen maquinan cuanto pueden contra su propia salvación, quitando al Espíritu Santo, cuanto es de su parte, la señoril majestad, e intentando pasarlo y rebajarlo al conjunto de las demás criaturas! A tales hombres yo de buena gana les preguntaría: ¡Ea, vosotros! ¿Qué motivo tenéis para haber declarado tan cruel guerra contra la majestad del Espíritu Santo, o más bien dicho, contra vuestra salvación? No dejáis que penetre en vuestras mentes lo que el Salvador dijo a los discípulos: *Id, pues, les dice, y predicad y enseñad a todas las gentes, y bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*<sup>14</sup>.

¿Ves la majestad igual en el honor? ¿Ves la concordia exactamente descrita? ¿Ves cómo la Trinidad es indivisa? ¿Acaso hay alguna diferencia o inmutación o disminución? ¿Por qué os atrevéis a añadir a las palabras del Señor otros nuevos preceptos? ¿Ignoráis que aun en los negocios humanos, si hay alguno que se atreva y llegue a tan gran audacia que quite o añada algo a las Letras expedidas por el rey —y eso que el tal rey es del

---

<sup>9</sup> 1 Co 12, 11

<sup>10</sup> 1 Co 12, 6

<sup>11</sup> 1 Co 6, 9-10

<sup>12</sup> 1 Co 6, 11

<sup>13</sup> *Ibíd.*

<sup>14</sup> Mt 28, 19



mismo linaje que nosotros y consorte de nuestra misma naturaleza— se le suele castigar con el supremo castigo y no hay modo de salvarlo de la pena que bien ha merecido? Pues si en los negocios humanos tan grave peligro amenaza ¿qué perdón podrán alcanzar los que hasta tal punto avanzan en su arrogancia que procuran corromper las palabras que dijo el común Salvador nuestro? No se dignan escuchar a Pablo, que tenía en sí mismo a Cristo que en él hablaba, cuando clara y terminantemente dice: *Ni el ojo vio ni el oído oyó ni vino a la mente humana lo que Dios ha preparado para los que lo aman*<sup>15</sup>.

Si, pues, ni el ojo vio ni el oído oyó ni pudo alcanzar la mente el conocimiento de los bienes que para quienes aman a Dios están preparados ¿por dónde podrá ser, oh Pablo, que alcancemos semejante conocimiento? Espera tú, oyente, un poco y escucharás que el mismo Pablo dice: *Dios nos lo ha revelado por su Espíritu*<sup>16</sup>. Y no se detiene aquí; sino que para indicar la grandeza del poder, y de qué manera sea de la sustancia misma del Padre y del Hijo, añade: *El Espíritu todo lo escruta, aun las profundidades de Dios*<sup>17</sup>. Y luego, como deseara poner en nuestra mente una más exacta doctrina por medio de ejemplos humanos, añadió: *¿Qué hombre conoce lo que en el hombre hay sino el espíritu del hombre que en él está? ¡Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios!*<sup>18</sup>

¿Ves ahora la enseñanza excelentísima y perfecta? A la manera, dice, que aquellas cosas que están en el pensamiento del hombre, no puede ser que otro las conozca, sino que sólo él conoce sus cosas, así las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios, lo cual es lo más adecuado y excelente para declarar la dignidad del Espíritu Santo. Porque puso un ejemplo que parece insinuar lo siguiente. No es posible que algún hombre ignore jamás las cosas que tiene en su mente. Pues así como esto no puede ser, así el Espíritu Santo conoce exactísimamente las cosas de Dios. Ni puede negarse que este bienaventurado Pablo, en estas palabras, se refiere a quienes a causa de su preconcebida opinión, declaran, con detrimento de su salvación, haber movido una tan grande guerra contra la dignidad del Espíritu Santo, y cuanto está de su parte lo privan del supremo poder y lo rebajan a la vileza de las criaturas.

Pero, aunque ellos, llevados del empeño de su disputa, se opongan como adversarios a las palabras de la Escritura sagrada, nosotros, en cambio, recibiendo como documentos celestes los oráculos divinos de arriba y tributando al Espíritu Santo las debidas alabanzas, llevemos de frente el recto y exacto conocimiento de la verdad. Y basta con lo dicho para redargüir a quienes no dudan de enseñar cosas contrarias a las palabras del Espíritu Santo.

Mas, por qué el Señor no envió esa causa de tantos bienes en seguida de su Ascensión a los cielos, sino que dejó que fuera esperada unos pocos días, y que los discípulos permanecieran solos en su casa, y al fin les envió la gracia del Espíritu Santo, creemos que os haremos un importante servicio si lo declaramos a vuestra caridad. Porque no fue esto al acaso ni en vano. Habiendo visto que los hombres no apreciaban tanto los bienes que tienen en la mano ni los ponderan según su dignidad, aunque parezcan agradables y grandiosos, si no, es que al mismo tiempo se echa encima el choque de los males contrarios vg. (Porque es necesario decirlo más claramente): quien está sano y vigoroso de cuerpo, no siente ni puede, saber con exactitud cuántos bienes le proporciona la salud, si no es que echándosele encima la enfermedad corre experiencia de ella; y quien recibe el nuevo día no aprecia suficientemente la luz, si no es que ha experimentado ya la oscuridad de la noche. Porque esos contrarios, como la experiencia lo enseña nos dan a conocer con exactitud la calidad de las cosas de que anteriormente disfrutábamos.

Pues del mismo modo, puesto que los discípulos, mientras estaba Jesús presente habían disfrutado de infinitos bienes; y por estar en su compañía pasaban los días dulcísimamente; pues todos los habitantes de Palestina volvían los ojos hacia el rostro de ellos, como a unos luminares, cuando a los muertos daban la vida y a los leprosos los limpiaban y expulsaban a los demonios y curaban las enfermedades y hacían otros muchos milagros; pues como fueran entonces así de ilustres y célebres, permitió que por algún tiempo quedaran sin Él y separados de su virtud en cuyo auxilio se apoyaban; para que, cuando estuvieran destituidos de éste, aprendieran cuánto aprovechaba la presencia de su bondad; y una vez vista la grandeza de los bienes pasados, con mayor expectación esperaran el don del Paráclito.

---

<sup>15</sup> 1 Co 2, 19

<sup>16</sup> 1 Co 2, 10

<sup>17</sup> 1 Co 2, 11

<sup>18</sup> *Ibíd.*

Porque éste consoló a los que estaban tristes e ilustró con los rayos de su luz a los que estaban llorando y repletos de tristeza por haberse apartado el Maestro, y a los que estaban ya casi muertos, los resucitó, les apartó las tinieblas de la tristeza y les quitó la angustia que padecían. Porque como hubieran escuchado aquella voz del Señor: *Id y enseñad a todas las gentes*<sup>19</sup>, ignoraban con todo a dónde debía cada uno de ellos marcharse y en qué región del orbe de la tierra había de predicar la palabra de Dios. Por esto, vino el Espíritu Santo en forma de lenguas, distribuyó a cada uno las regiones de la tierra en que había de enseñar, y por medio de la lengua que les había concedido, como en una tabla, les hizo cognoscible el término de la dignidad que les confiaba y de la doctrina que habían de enseñar.

Por esto vino en forma de lenguas. Ni solamente por esto, sino además para refrescarnos la memoria del Antiguo Testamento. Porque como en otro tiempo los hombres, alzados en soberbia, hubieran querido construir una torre que llegara hasta el cielo; pero Dios hubiera disipado su malvada unión y concordia mediante la división de las lenguas, por eso ahora, en figura de lenguas de fuego, vuela hacia ellos el Espíritu Santo; para por este medio unir de nuevo al orbe de la tierra anteriormente dividido. Y sucedió una cosa nueva y admirable. Porque así como antiguamente las lenguas dividieron al orbe de la tierra y convirtieron en separación aquella unión y junta perversa, así ahora las lenguas unieron de nuevo al orbe de la tierra, y volvieron la concordia a los que andaban divididos.

Así pues, por esto vino en forma de lenguas. Y las lenguas eran de fuego, porque en nosotros se habían desarrollado, a la manera de una selva, las espinas del pecado. Porque así como una tierra gruesa y fértil, si no se la cultiva germina una grande selva de espinos, así nuestra naturaleza que fue creada buena por el Creador e idónea para producir la mies de las virtudes, por no haber recibido en sí el arado de la piedad ni la simiente del conocimiento de Dios, germinó la impiedad a la manera de unos espinos y de una selva sin provecho. Y como acontece muchas veces, que por la multitud de los espinos y de las malas hierbas ni siquiera se deja ver la superficie del suelo, así la pureza y nobleza de nuestra alma ya no aparecía; hasta que vino el agrícola de la misma naturaleza humana; y tras de arrojar en ella el fuego del Espíritu Santo la purificó y la hizo que se volviera idónea para recibir la divina simiente.

¡Tan grandes son y aun mucho mayores los bienes que nos vinieron con el beneficio de hoy! Siendo, pues, así estas cosas, os ruego y suplico que también nosotros celebremos la festividad de un modo digno de la excelencia de los bienes acumulados en gracia nuestra. Y esto no precisamente poniendo coronas en las puertas, sino haciendo frondosa el alma; no adornando la plaza con alfombras y tapetes, sino volviendo resplandeciente el alma y cubriéndola, como con un manto, con la vestidura de la virtud; a fin de que, de este modo, podamos recibir la gracia del Espíritu Santo y captar de ahí los frutos que brotan.

Pero ¿cuál es el fruto del Espíritu Santo? Oigamos a Pablo que dice: *El fruto del Espíritu Santo es caridad, gozo y paz*<sup>20</sup> Observa cuánta exactitud hay en las palabras y cuánta cohesión en la doctrina. Echó por delante la caridad y luego recordó las cosas que de ella se derivan. Plantó primero la raíz y luego declaró el fruto. Puso el fundamento y luego levantó el edificio. Comenzó por la fuente y de ahí bajó a los raudales. Porque es imposible que la materia de gozo nos penetre si antes no consideramos la prosperidad de los otros como nuestra y reputamos los bienes ajenos como propios. Pero esto no puede nacer de otra parte sino de que prevalezca y domine la fuerza de la caridad.

La caridad es fuente y raíz y madre de todos los bienes. Porque, a la manera de la fuente, derrama grande cantidad de aguas; y como raíz germinan infinitos ramos de virtudes; y como madre, abraza en su seno apretadamente a los que a ella se acogen. Pues, como esto conociera perfectamente el apóstol Pablo, la llamó fruto del Espíritu Santo. Y en otra parte le concedió tan grande prerrogativa que la llamó plenitud de la ley: *¡La plenitud de la ley es la caridad!*<sup>21</sup> Más aún: el Señor universal de todos, como una muestra digna de fe y una señal suficiente para que cualquiera demostrara ser su discípulo, no nos propuso otra que la que se saca de la caridad, cuando dijo: *En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros*<sup>22</sup>.

Os ruego, por este motivo, que nos acojamos todos a ella y a ella nos apeguemos y que con ella recibamos la presente festividad. Porque en donde existe la caridad en el ánimo, ahí cesan los defectos; en

---

<sup>19</sup> Mt 28, 19

<sup>20</sup> Ga 5, 22

<sup>21</sup> Rm 13, 10

<sup>22</sup> Jn 13, 35

donde está la caridad, ahí se apagan los irracionales asaltos. Puesto que dice: *La caridad no obra jactanciosamente, no se hincha, no es ambiciosa*<sup>23</sup>. La caridad no hace daño al prójimo. En donde domina la caridad jamás se ve a un Caín que mate a su hermano. ¡Quita la fuente de la envidia y habrás quitado el río de todos los males! ¡Arranca la raíz y a la vez habrás extirpado el fruto! Y esto lo digo, porque me causan mayor solicitud los envidiosos que no los envidiados. Porque son aquéllos los que mayor daño padecen y echan sobre sí una grande ruina. Porque los que son envidiados, si quieren se les convierte en materia de coronas esto de padecer envidias.

Advierte cómo es celebrado con alabanzas Abel; y día por día es exaltado con encomios; porque el motivo de su muerte dio ocasión a la celebridad de su nombre. Ciertamente éste, aun después de su muerte, sigue hablando con audacia mediante su sangre, y con clara voz acusa al fratricida. Aquél en cambio, habiendo alcanzado el fruto de sus obras, por medio de sus mismas obras recibió el justo castigo y anduvo temblando y gimiendo por la tierra. Este, aun muerto y yaciendo en tierra, tras de la muerte alcanzó mayor libertad de hablar y mayor confianza. Y así como a aquél, de tal manera lo dispuso el pecado que aun viviendo llevaba una vida más infeliz que los muertos, así a éste su virtud lo hizo, después de su muerte, aún más ilustre.

Así pues, nosotros para alcanzar una mayor confianza en esta vida y en la otra; y para obtener es esta festividad una mayor alegría ante todo despojémonos de la envidia. Porque aunque nos parezca haber acumulado méritos infinitos de buenas obras, si acaso esta horrible y amarga peste nos molesta, todo quedará en nada. ¡Haga el Señor que todos estemos libres de ella! En especial aquellos que en el día de hoy, mediante el bautismo, se despojaron del vestido de sus antiguos pecados, y pueden despedir de sí una luz émula de los mismos rayos del sol.

Os exhorto, pues, a vosotros, los que habéis sido inscritos en la adopción y os habéis revestido la espléndida vestidura. Cuidad con todo cuidado el esplendor de lo que ahora estáis dotados, y cerrad por todas partes la entrada al demonio; a fin de que, tras de recibir una más copiosa gracia del Espíritu Santo, podáis llevar el fruto de treinta de sesenta y de ciento por uno; y para que os hagáis dignos de salir al encuentro del Rey de los cielos, cuando venga a distribuir bienes mayores que cuanto puede decirse a aquellos que pasaron la vida presente, en el ejercicio de la virtud, en Cristo Jesús, Señor nuestro; al cual sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

**SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Obras Completas, homilías, t. 1*, Tradición México 1976, 420-28**

---

## **5. APLICACIÓN**

**P. José A. Marccone, IVE**

### **El Pentecostés eucarístico**

*(Jn 20,19-23)*

#### *Introducción*

Pentecostés es, sobre todo, la revelación plena y definitiva de la Santísima Trinidad (cf. CEC, 732). En efecto, Pentecostés es “la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina” (CEC, 731).

Es Cristo el que entrega y difunde el Espíritu Santo. Él lo había prometido cinco veces durante su discurso al final de la Última Cena<sup>24</sup>. Jesucristo envía el Espíritu Santo fundamentalmente por dos razones. En primer lugar, para que este Espíritu cree en el alma del bautizado a Cristo. El Espíritu Santo es el que forma dentro del cristiano al Cristo místico. El Espíritu Santo es el artífice de la unión mística entre Cristo y el cristiano. En segundo lugar, para que los cristianos individuales conformen entre sí un Cuerpo, que tiene a

---

<sup>23</sup> 1 Co 13, 4-5

<sup>24</sup> Jn 14,16; Jn 14,26; Jn 15,26; Jn 16,7-8; Jn 16,13.

Cristo por Cabeza. Es el Cuerpo Místico de Cristo. Es la Iglesia Católica. Así, el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. El Espíritu Santo realiza, completa y perfecciona al *Pléroma* de Cristo, la *Plenitud* de Cristo, que es la Iglesia Católica. “Dios le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud (*Pléroma*) del que lo llena todo en todo” (Ef 1,22-23). La Iglesia es la Plenitud de Cristo. Es el Espíritu Santo quien realiza esta Plenitud. Todo esto es Pentecostés.

Sin embargo, el envío del Espíritu Santo, hablando en forma estricta, se realiza en el mismo momento de la Resurrección. En realidad, la Resurrección de Cristo es ya la perfección consumada de toda la obra de la Redención: resurrección, ascensión y entrega del Espíritu Santo. Por eso, en el evangelio que hemos leído hoy (Jn 20,19-23), se narra la entrega del Espíritu por parte de Jesús: “Soplando sobre ellos, les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’” (Jn 20,22). Esta entrega del Espíritu Santo es real y estricta. La entrega del Espíritu Santo en Pentecostés es la forma pública y universal donde queda mejor en evidencia el llamado a la Iglesia de todos los pueblos de la tierra. Por eso dice el Directorio Homilético: “Pascua *es* Pentecostés. Pascua ya es el don del Espíritu Santo. Pentecostés, no obstante, es la convincente manifestación de la Pascua a todas las gentes”<sup>25</sup>.

En estas breves palabras introductorias hemos presentado el misterio de Pentecostés completo.

Sin embargo, quería referirme ahora a un Pentecostés muy particular, un Pentecostés en el cual nosotros nos encontramos en este momento: la Santa Misa. En efecto, dice el Directorio Homilético: “La Eucaristía *es* Pentecostés”<sup>26</sup>. Esta expresión del Directorio Homilético será la frase-guía de esta homilía.

### *1. La primera epiclesis*

En la Eucaristía hay cuatro misterios fundamentales. En primer lugar, la presencia verdadera, real y sustancial de todo Cristo, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Toda la sustancia del pan y del vino se convierten en la sustancia del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Sin embargo, los accidentes o apariencias del pan y del vino permanecen. En segundo lugar, con la consagración del vino se perfecciona el mismo sacrificio de Cristo en la cruz. La presencia del Cuerpo por un lado y de la Sangre por otro es lo que constituye la esencia del sacrificio, que en la Eucaristía se realiza de un modo incruento y sacramental. En la Eucaristía el sacrificio que Cristo hizo en la cruz se hace presente de nuevo (se re-presenta) y se actualiza. El sacrificio de la cruz y el sacrificio de la Misa son un solo y mismo sacrificio, que en la Misa es re-presentado y actualizado. En tercer lugar, ese Cuerpo y esa Sangre constituyen un banquete y un alimento espiritual para el cristiano. En cuarto lugar, la Eucaristía es prenda de la gloria futura.

Ahora bien, ninguno de estos cuatro misterios podría realizarse si el Espíritu Santo no interviniera directa y decisivamente para que estos misterios se verifiquen efectivamente. Así como la Encarnación del Verbo en el seno de María no pudo hacerse sin una intervención directa del Espíritu Santo, así tampoco puede hacerse presente el sacrificio de Cristo y su presencia real en la Eucaristía sin una intervención directa del Espíritu Santo. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”, le dijo el Ángel a María (Lc 1,35). Lo mismo podríamos decir de la Eucaristía. ¿Cómo es posible que se verifique el sacrificio de Cristo y su presencia real? Podríamos responder: ‘El Espíritu Santo vendrá sobre las ofrendas, y el poder del Altísimo las cubrirá con su sombra’, y se realizará la maravilla: se actualizará y se re-presentará el sacrificio de Cristo, y Cristo mismo se hará real y sustancialmente presente.

Por eso dice San Juan Damasceno: “Preguntas cómo el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino... en Sangre de Cristo. Te respondo: el Espíritu Santo irrumpe y realiza aquello que sobrepasa toda palabra y todo pensamiento... Que te baste oír que es por la acción del Espíritu Santo, de igual modo que gracias a la Santísima Virgen y al mismo Espíritu, el Señor, por sí mismo y en sí mismo, asumió la carne humana”<sup>27</sup>.

<sup>25</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, año 2014, n° 56.

<sup>26</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, año 2014, n° 56.

<sup>27</sup> SAN JUAN DAMASCENO, f.o., IV, 13, citado en CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n° 1106.

La Iglesia es sumamente consciente de que la Santa Misa es otro Pentecostés y que sin el Espíritu Santo no sería posible el misterio de la Eucaristía. Por eso es que lo invoca de una manera especialísima en lo que se llama la ‘epiclesis’. El término ‘epiclesis’ proviene del griego y está formado por la preposición *epí*, que significa ‘sobre’, y el verbo *kaléo*, que significa ‘llamar’. Por lo tanto, *epíklesis* en griego, significa ‘invocación’, ‘llamada en auxilio’<sup>28</sup>. O también, un ‘llamado sobre’ algo o alguien para que dé auxilio. La Iglesia quiere que la epiclesis sobre las ofrendas se realice en el momento previo a las palabras de la consagración. Y quiere que las palabras que constituyen propiamente la epiclesis sobre las ofrendas vayan acompañadas de un gesto corporal: el gesto de imposición de manos, con las palmas hacia abajo extendidas sobre las ofrendas.

Las palabras que dice el sacerdote en la epiclesis sobre las ofrendas son: “Te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas, para que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor”<sup>29</sup>. Estas palabras explícitas de invocación del Espíritu Santo acompañadas por el gesto de imposición de manos producen lo que significan, es decir, hacen que el Espíritu Santo, *efectivamente*, venga sobre las ofrendas y opere la transustanciación. Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “En esta dispensación sacramental del misterio de Cristo, el Espíritu Santo (...) hace presente y actualiza el misterio de Cristo por su poder transformador” (CEC, n° 1092). Y también: “El Espíritu Santo actualiza el Misterio de Cristo. La Liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. (...) En cada una de las celebraciones tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único Misterio” (CEC, n° 1104).

Por eso dice el P. Carlos Buela: “Toda Misa es una manifestación imperceptible, pero realísima del Espíritu Santo, quien de manera imprescindible obra en las acciones litúrgicas”<sup>30</sup>.

El Espíritu Santo obra el sacrificio eucarístico de Cristo. Fue también el Espíritu Santo el que impulsó a Cristo, durante su vida pública, al sacrificio de la cruz. Cuando el Espíritu Santo ‘empuja’ a Cristo al desierto para ser tentado (Mt 4,1; Mc 1,12) lo está empujando al sacrificio de la cruz. En efecto, las tentaciones en el desierto son presentadas por San Lucas como una analogía de la pasión, crucifixión y muerte de Cristo. Dice San Lucas que el diablo lo tentó y luego “se alejó de Él hasta el tiempo determinado” (Lc 4,13). Ese ‘tiempo determinado’ en el cual Cristo estaría de nuevo bajo las tentaciones del diablo son su pasión y crucifixión. Las tentaciones en el desierto son una analogía de su pasión, crucifixión y muerte. Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre” (CEC, n° 539).

Los dos verbos que usan los evangelios para expresar esa acción del Espíritu que ‘empuja’ a Cristo al sacrificio son muy significativos. El primero es el usado por San Mateo, que dice: “Entonces Jesús *fue llevado* por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo” (Mt 4,1). Para decir ‘fue llevado’ se usa el verbo *anágo*. El verbo *anágo* está compuesto de la preposición *aná*, que significa ‘de abajo hacia arriba’, y el verbo *ágo*, que significa ‘conducir’. Por lo tanto, expresa la acción de alguien que tiene el poder suficiente para levantar a otro y conducirlo hacia arriba. Se podría traducir por ‘arrancar’. El Espíritu Santo ‘arranca’ hacia arriba a Jesús y lo conduce al desierto para ser tentado, y así, a través de su sacrificio, salvar al mundo.

El segundo verbo es el usado por San Marcos, que dice: “Inmediatamente, el Espíritu lo *empuja* al desierto” (Mc 1,12). Para decir ‘empuja’ se usa el verbo *ekbállo*, compuesto de la preposición *ek*, que significa ‘hacia afuera’, y el verbo *bállo* que significa ‘arrojar’. Literalmente este verbo significa ‘ex – pulsar’. Implica una acción de cierta violencia. El Espíritu Santo ‘arroja hacia afuera’ a Cristo, lo ‘ex – pulsa’ hacia el desierto, con un movimiento violento. Y esto para que Cristo sufra su sacrificio y salve al mundo.

---

<sup>28</sup> SCHENKL, F. – BRUNETTI, F., *Dizionario Greco – Italiano – Greco*, Fratelli Melita Editori, La Spezia, 1990, p. 318.

<sup>29</sup> MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV*. En las otras Plegarias Eucarísticas hay palabras similares.

<sup>30</sup> BUELA, C., *Nuestra Misa*, Ediciones «Del Verbo Encarnado», Washington – Arequipa – Dushambé – San Rafael – Segni, 2002, p. 63.

Por lo tanto, Cristo es arrancado hacia arriba y arrojado hacia su sacrificio por el Espíritu. La epiclesis en la Misa, la invocación del Espíritu Santo sobre las ofrendas que se convertirán en Cristo, tiene una finalidad similar y realiza lo que significa. También en la Eucaristía el Espíritu Santo ejerce una ‘santa violencia’ sobre Cristo y hace que se realice su sacrificio. Cristo perfecciona su sacrificio por obra y gracia del Espíritu Santo.

San Pablo convertirá en teología esta realidad de la vida de Cristo y esta realidad del sacrificio eucarístico. Dice, en efecto, San Pablo: “Cristo por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo como víctima inmaculada a Dios” (Heb 9,14). ‘Por el Espíritu Eterno’: ese ‘por’ en griego se expresa con la preposición *diá*. *Diá* significa tanto ‘a través de’ como ‘a causa de’. El sentido es, entonces, el siguiente: ‘Cristo se ofreció a sí mismo a Dios como víctima inmaculada *a través de* y *a causa de* el Espíritu Eterno’. El Espíritu Santo es el motor del sacrificio de Cristo, la causa agente. Y, además, el Espíritu es el que ayuda y acompaña para que ese sacrificio se realice.

Lo mismo que sucedió en la vida de Cristo y que San Pablo conceptualizó con nociones teológicas se realiza en cada Eucaristía.

## 2. La segunda epiclesis

Pero en la Misa no hay una sola epiclesis: hay dos. La segunda epiclesis se realiza sobre los fieles, después de haberse dicho las palabras consecratorias del pan y del vino. Las palabras de esta segunda epiclesis son: “Concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria”<sup>31</sup>. La acción del Espíritu Santo en el Pentecostés eucarístico no se agota en la acción sobre el sacrificio de Cristo. El Espíritu Santo, en la Misa, obra también sobre los fieles presentes. Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “La epiclesis (‘invocación sobre’) es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios” (CEC, n° 1105).

El simple bautizado que participa del sacrificio eucarístico debe estar abierto a la acción que el Espíritu Santo quiere realizar en él en esta segunda epiclesis. Si el Espíritu Santo ejerció sobre Cristo una santa violencia para impulsarlo y empujarlo al sacrificio de su vida, también lo hará con el cristiano. Y el cristiano debe estar dispuesto a secundar esta acción del Espíritu Santo. Por eso dice el P. Buela: “Es siempre el Espíritu Santo el que mueve desde dentro a los participantes para que se unan al misterio de Cristo que se celebra y aprovechen de la Palabra de Dios, del sacrificio y del sacramento”<sup>32</sup>.

Además, la segunda epiclesis une al cristiano con el misterio de Cristo y une a los cristianos entre sí en un solo Cuerpo. Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “La finalidad de la misión del Espíritu Santo en toda acción litúrgica es poner en comunión con Cristo para formar su Cuerpo. (...) El fruto del Espíritu en la Liturgia es inseparablemente comunión con la Trinidad Santa y comunión fraterna. La Epiclesis es también oración por el pleno efecto de la comunión de la Asamblea con el Misterio de Cristo” (CEC, 1108.1109).

En la segunda epiclesis “la Iglesia, por tanto, pide al Padre que envíe el Espíritu Santo para que haga de la vida de los fieles una ofrenda viva a Dios mediante la transformación espiritual a imagen de Cristo, la preocupación por la unidad de la Iglesia y la participación en su misión por el testimonio y el servicio de la caridad” (CEC, 1109).

En fin, el Espíritu Santo obra sobre el cristiano que participa de la Eucaristía para ‘recordarle todo lo que Jesús dijo’ (cf. Jn 14,26), es decir, para que la Palabra de Cristo penetre en su corazón y sea acogida con docilidad. “El Espíritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes, según las disposiciones de sus corazones,

<sup>31</sup> MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística* IV. Las epiclesis sobre el pueblo de las otras plegarias eucarísticas usan palabras parecidas.

<sup>32</sup> BUELA, C., *Idem*, p. 64.

la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios. A través de las palabras, las acciones y los símbolos que constituyen la trama de una celebración, el Espíritu Santo pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo, Palabra e Imagen del Padre, a fin de que puedan hacer pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebración” (CEC, nº 1101).

### *Conclusión*

“La Eucaristía *es* Pentecostés”. En este momento en que estamos celebrando la Eucaristía, estamos en Pentecostés. Resumiendo, el Espíritu Santo invocado en las dos epiclesis obra en la Eucaristía de la siguiente manera: 1. Realizando la transformación de las especies eucarísticas en el Cuerpo y Sangre de Cristo. 2. Realizando el sacrificio de Cristo. 3. Impulsando a los fieles a convertirse ellos mismos en víctima. 4. Uniendo a los fieles presentes al misterio de Cristo. 5. Realizando la *koinonía* o comunión entre los fieles entre sí y la comunión de los fieles con Cristo.

Así como nos alegramos de que la Iglesia celebre cada año la gran solemnidad de Pentecostés, alegrémonos también de celebrar el Pentecostés eucarístico cada domingo. Participemos de la Santa Misa con una atención y devoción tales que no se nos escape la acción del Espíritu Santo en ella, y que nos permita responder con docilidad a la santa violencia que Él quiere ejercer sobre nosotros.

Pidámosle esa gracia a la Santísima Virgen María, esposa del Espíritu Santo y modelo de docilidad a ese su Esposo.

---

## **Papa Francisco**

### **Pentecostés**

Hoy concluye el tiempo de Pascua, cincuenta días que, desde la Resurrección de Jesús hasta Pentecostés, están marcados de una manera especial por la presencia del Espíritu Santo. Él es, en efecto, el Don pascual por excelencia. Es el Espíritu creador, que crea siempre cosas nuevas. En las lecturas de hoy se nos muestran dos novedades: en la primera lectura, el Espíritu hace que los discípulos sean *un pueblo nuevo*; en el Evangelio, crea en los discípulos *un corazón nuevo*.

*Un pueblo nuevo.* En el día de Pentecostés el Espíritu bajó del cielo en forma de «lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas» (*Hch* 2, 3-4). La Palabra de Dios describe así la acción del Espíritu, que primero se posa sobre *cada uno* y luego pone a *todos* en comunicación. A cada uno da un don y a todos reúne en unidad. En otras palabras, el mismo Espíritu crea *la diversidad y la unidad* y de esta manera plasma un pueblo nuevo, variado y unido: la Iglesia *universal*. En primer lugar, con imaginación e imprevisibilidad, crea la diversidad; en todas las épocas en efecto hace que florezcan carismas nuevos y variados. A continuación, el mismo Espíritu realiza la unidad: junta, reúne, recompone la armonía: «Reduce por sí mismo a la unidad a quienes son distintos entre sí» (Cirilo de Alejandría, *Comentario al Evangelio de Juan*, XI, 11). De tal manera que se dé la unidad verdadera, aquella según Dios, que no es uniformidad, sino *unidad en la diferencia*.

Para que se realice esto es bueno que nos ayudemos a evitar *dos tentaciones* frecuentes. La primera es buscar *la diversidad sin unidad*. Esto ocurre cuando buscamos destacarnos, cuando formamos bandos y partidos, cuando nos endurecemos en nuestros planteamientos excluyentes, cuando nos encerramos en nuestros particularismos, quizás considerándonos mejores o aquellos que siempre tienen razón. Son los así llamados «custodios de la verdad». Entonces se escoge la parte, no el todo, el pertenecer a esto o a aquello antes que a la Iglesia; nos convertimos en unos «seguidores» partidistas en lugar de hermanos y hermanas en el mismo Espíritu; cristianos de «derechas o de izquierdas» antes que de Jesús; guardianes inflexibles del pasado o vanguardistas del futuro antes que hijos humildes y agradecidos de la Iglesia. Así se produce una diversidad sin

unidad. En cambio, la tentación contraria es la de buscar *la unidad sin diversidad*. Sin embargo, de esta manera la unidad se convierte en uniformidad, en la obligación de hacer todo juntos y todo igual, pensando todos de la misma manera. Así la unidad acaba siendo una homologación donde ya no hay libertad. Pero dice san Pablo, «donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Co 3,17).

Nuestra oración al Espíritu Santo consiste entonces en pedir la gracia de aceptar *su* unidad, una mirada que abraza y ama, más allá de las preferencias personales, a su Iglesia, nuestra Iglesia; de trabajar por la unidad entre todos, de desterrar las murmuraciones que siembran cizaña y las envidias que envenenan, porque ser hombres y mujeres de la Iglesia significa ser hombres y mujeres de comunión; significa también pedir un corazón que sienta la Iglesia, madre nuestra y casa nuestra: la casa acogedora y abierta, en la que se comparte la alegría multiforme del Espíritu Santo.

Y llegamos entonces a la segunda novedad: *un corazón nuevo*. Jesús Resucitado, en la primera vez que se aparece a los suyos, dice: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20, 22-23). Jesús no los condena, a pesar de que lo habían abandonado y negado durante la Pasión, sino que les da el Espíritu de perdón. El Espíritu es el primer don del Resucitado y se da en primer lugar para perdonar los pecados. Este es el comienzo de la Iglesia, este es el aglutinante que nos mantiene unidos, el cemento que une los ladrillos de la casa: *el perdón*. Porque el perdón es el don por excelencia, es el amor más grande, el que mantiene unidos a pesar de todo, que evita el colapso, que refuerza y fortalece. El perdón libera el corazón y le permite recomenzar: el perdón da esperanza, sin perdón no se construye la Iglesia.

El Espíritu de perdón, que conduce todo a la armonía, nos empuja a rechazar otras vías: esas precipitadas de quien juzga, las que no tienen salida propia del que cierra todas las puertas, las de sentido único de quien critica a los demás. El Espíritu en cambio nos insta a recorrer la vía de doble sentido del perdón ofrecido y del perdón recibido, de la misericordia divina que se hace amor al prójimo, de la caridad que «ha de ser en todo momento lo que nos induzca a obrar o a dejar de obrar, a cambiar las cosas o a dejarlas como están» (Isaac de Stella, *Sermón* 31). Pidamos la gracia de que, renovándonos con el perdón y corrigiéndonos, hagamos que el rostro de nuestra Madre la Iglesia sea cada vez más hermoso: sólo entonces podremos corregir a los demás en la caridad.

Pidámoslo al Espíritu Santo, fuego de amor que arde en la Iglesia y en nosotros, aunque a menudo lo cubrimos con las cenizas de nuestros pecados: «Ven Espíritu de Dios, Señor que estás en mi corazón y en el corazón de la Iglesia, tú que conduces a la Iglesia, moldeándola en la diversidad. Para vivir, te necesitamos como el agua: desciende una vez más sobre nosotros y enséñanos la unidad, renueva nuestros corazones y enséñanos a amar como tú nos amas, a perdonar como tú nos perdonas. Amén».

(PAPA FRANCISCO, *Santa Misa en la Solemnidad de Pentecostés*, Plaza de San Pedro, Domingo 4 de junio de 2017)

---

## INFO - Homilética.ive

### Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:



**Textos Litúrgicos:** aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

**Directorio Homilético:** es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

**Exégesis:** presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

**Santos Padres:** esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

**Aplicación:** consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

**Ejemplos Predicables:** es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

## ¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.